

# La transición de Irlanda del Norte del conflicto al postconflicto: guía para otras latitudes

*María del Pilar Monroy<sup>1</sup>*

## **Resumen**

En este artículo se presenta la importancia de los diálogos de paz en Irlanda del Norte a partir de la firma del Acuerdo del Viernes Santo de 1998, el cual ha servido como guía para solucionar los conflictos armados en otras latitudes. En primer lugar se aborda la larga historia del conflicto armado irlandés con el fin de conocer las causas de la violencia política y social en ese país. Posteriormente, se presenta los puntos fundamentales del Acuerdo del Viernes Santo, en particular los aspectos claves, en un escenario de postconflicto, así como los logros económicos y sociales alcanzados en Irlanda del Norte luego del proceso de paz. Por último, se muestra la visión de la historia que cuestiona la paz irlandesa, al subsistir fracturas sociales, económicas y jurídicas que aún no han sido resueltas, y que sólo es posible solucionar si se concibe la etapa del postconflicto como una fase de larga duración que requiere de varios cambios generacionales.

*Palabras claves:* Irlanda del Norte, proceso de paz, Acuerdo del Viernes Santo, conflicto, postconflicto.

## THE NORTHERN IRELAND TRANSITION FROM CONFLICT TO POS-CONFLICT: GUIDE FOR OTHER LATITUDES

## **Abstract**

This article discusses the importance of peace talks in Northern Ireland since the signing of the Good Friday Agreement of 1998, which has served as a guide to solving armed conflicts elsewhere. First, it presents the long history of the Irish armed conflict to know the causes of political and social violence in that country. Subsequently, it shows the principal points of the Good Friday Agreement, in particular, the aspects of that agreement on a pos-conflict scenario, as well as economic and social achievements in Northern Ireland after peace process. Finally, it

---

1. Egresada del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara. Correo electrónico: mpmpilar@gmail.com

presents the view of history that questions the Irish peace, because subsist social, economic and legal fractures, and which can only be solved if the stage of pos-conflict is seen as a phase of long-term which requires several generational changes.

*Key words:* Northern Ireland, peace process, Good Friday Agreement, conflict, pos-conflict.

En la última década Irlanda del Norte se ha convertido en un referente obligado para estudiar la solución de conflictos de larga duración que persisten en el siglo XXI al interior de los Estados-nación, como por ejemplo el del País Vasco y el armado en Colombia. Pero, ¿qué tiene en particular dicho proceso?, ¿qué se ha aprendido de él?, y ¿cómo Irlanda del Norte se convirtió en un guía para el mundo? Para algunos autores la comparación entre Irlanda del Norte y el País Vasco es «un intento por legitimar algunos planteamientos nacionalistas y extrapolar situaciones a contextos diferentes» (Trujillo & Woodworth, 1997, p. 47). Sin embargo, es posible observar cuáles estrategias empleó Irlanda del Norte e Inglaterra para firmar un proceso de paz calificado como exitoso, así como visualizar las perspectivas existentes en un escenario de postconflicto que experimentan otros países; en particular el caso colombiano que trata de emular el fenómeno de Irlanda del Norte en las actuales conversaciones del proceso de paz entre la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) y el Estado colombiano.

Desde que terminó la Guerra Fría un creciente número de conflictos armados se han resuelto, más que mediante victorias militares, a través de acuerdos negociados, seguidos de una serie de programas de construcción de paz en la posguerra orientados a la desmilitarización, el desarrollo y la reconciliación del país (Dudouet, 2009, p. 20). La solución de conflictos armados internos por medio de «procesos de paz» suele ser un momento álgido para el Estado y los grupos armados, ya que la negociación implica la generación de cambios organizativos al interior de la insurgencia; la creación de una agenda compartida en el que derechos políticos y jurídicos entran en juego, donde la construcción de confianza por parte de ambos bandos se torna crucial para llegar

A una serie de iniciativas unilaterales o bilaterales, o por mediación de terceros, tales como declaraciones de cese al fuego, encuentros de diálogos no oficiales de bajo perfil o negociaciones de alto perfil entre los principales actores políticos, que llevan a la firma de acuerdos de paz provisionales o globales (Dudouet, 2009, p. 25).

El reto de los procesos de paz es llegar a acuerdos negociados sobre la construcción futura del país –etapa denominada como *postconflicto*– cuyo objetivo es que los grupos insurgentes transiten de la esfera armada a la esfera política, así como «evitar la recaída en el conflicto al implementar medidas como: el diseño institucional por parte del Estado, la reintegración política de excombatientes, la reconciliación política y la profundización de la democracia» (Ugarriza, 2013, p. 143). No obstante, existen dos visiones sobre el desarrollo del postconflicto: una visión optimista que enaltece el proceso de paz y sus estrategias políticas y económicas para conseguirla, y una visión que cuestiona su desarrollo, en especial las concesiones políticas y jurídicas que realiza el Estado para que los acuerdos sean posibles en sociedades ansiosas por conseguir la paz.

En la visión optimista se resaltan las ganancias que trae consigo la paz, por ejemplo el desarrollo de la Inversión Extranjera Directa (IED), fruto de la creación de un terreno propicio para el establecimiento de nuevas empresas y programas de desarrollo social. Entre tanto, para otros la confrontación armada

No implica la terminación del mismo, pues supone el comienzo de una nueva etapa, que incluso puede resultar más desastrosa que la anterior y constituir un círculo vicioso en el que las consecuencias de la guerra se vuelven causa de nuevas problemáticas sociales (Garzón, Parra & Pineda, 2003, p. 13).

Ambas perspectivas permiten entender los efectos que trae consigo el desarrollo del postconflicto. Aunque es necesario enfatizar que en el caso de Irlanda del Norte prima la visión optimista, tanto que ha servido como guía a otras sociedades que viven confrontaciones internas. Su éxito ha cobrado cierto interés que le ha permitido crear un tipo de «marketing político exportable» traducido en asesorías e importantes contratos con gobiernos de distintos países, los cuales perciben la «solución irlandesa» como el remedio más eficiente para curar sus males internos.

## **Una larga historia de confrontación**

Adentrarnos al conflicto de Irlanda del Norte con Inglaterra implicar rastrear la historia social y política de más de 800 años de confrontaciones entre ambos países; desde el siglo XII cuando el rey Enrique II obtuvo la

bula papal que autorizaba la conquista de Irlanda, hasta la última década del siglo XX cuando el gobierno de Inglaterra y de Irlanda del Norte iniciaron negociaciones conducentes a terminar la violencia entre unionistas y republicanos, que finalmente se materializaron a través del Acuerdo de Viernes Santo celebrado el 10 de abril de 1998.

Tres factores determinaron el surgimiento y escalonamiento de la violencia entre Irlanda del Norte e Inglaterra: el elemento religioso, la distribución de la propiedad de la tierra y la estructura política que debía regir la vida en la isla. En primer lugar, el conflicto surgió como consecuencia de la invasión de los británicos a la isla entre 1613 y 1619 en la provincia de Ulster ubicada al norte de Irlanda. Dicha colonización marcó la diferencia entre dos culturas y promovió un tipo de sociedad escindida en irlandeses gaélicos, nativos de Irlanda y sus descendientes, y anglo-irlandeses procedentes de Inglaterra. La relación entre las dos partes se definió en términos de colonización, dando prelación a los anglo-irlandeses sobre los irlandeses gaélicos (Herrera & Bello, 2010, p. 101).

A la diferenciación de los dos grupos como consecuencia de la invasión inglesa se sumó la distinción religiosa. Ingleses protestantes partidarios de la iglesia anglicana e irlandeses predominantemente católicos hicieron de la religión el centro de su identidad. No obstante, el conflicto no se enmarca en la religión sino en la obtención de la autonomía por parte de Irlanda del Norte del dominio y poder británico en aspectos como la autodeterminación política y el control territorial de la provincia del Ulster.

La reiterativa invasión por parte del gobierno británico a la isla, junto con la promoción de la emigración de ingleses y la promulgación de leyes de «devolución y cesión» llevada a cabo por Enrique VIII, marcó profundamente la memoria histórica de la sociedad irlandesa. Estas leyes permitieron

La confiscación de tierras irlandesas por parte del gobierno inglés para ser transferidas a las compañías mercantiles de Londres que en 1609 desarrollaron un plan de colonización conocido como la *Plantación del Ulster* (Turizo, 2005, p. 37).

Dicho programa que ofrecía tierras en arriendo a un creciente número de inmigrantes protestantes leales a la Corona, los cuales superaron a los plantadores irlandeses quienes al poco tiempo fueron expulsados de sus

tierras. De esta forma, los ingleses protestantes tomaron el control del territorio y crearon varias ciudades, como por ejemplo Belfast.

La política de promoción de emigración de ingleses fue rebatida por sus pobladores originarios. Una de ellas fue la revuelta contra los ingleses en 1641 que condujo a una terrible matanza de protestantes escoceses en Ulster, hecho que fue contrarrestado por el gobierno británico, directamente por el famoso político militar Oliver Cromwell, que vengó la acción irlandesa matando a niños, mujeres y ancianos como un intento por imponer el dominio del Parlamento inglés sobre la sociedad irlandesa (Trujillo & Woodworth, 1997, p. 52). Estos primeros enfrentamientos condujeron a la radicalización de ambas sociedades desde el siglo XVII, que enarbolaron banderas distintas, como por ejemplo la legitimidad de un rey, la defensa de los derechos religiosos irlandeses frente a los usos y prácticas que querían ser impuestas desde Londres y, finalmente, la lucha por la autonomía de Irlanda.

Tanto ingleses como irlandeses alimentaron a lo largo del tiempo la desconfianza mutua a través de una serie de agravios que incluía matanzas, hambrunas, detenciones y distintos tipos de represalias, las cuales eran recordadas y celebradas por ambas sociedades como un intento por no olvidar los daños cometidos, así como por legitimar las acciones políticas y armadas con el fin de consolidar cada cierto tiempo un tipo de dominio territorial. Una muestra de ello es la *Marching Season*, celebrada anualmente el 12 de julio por la Orden de Orange.<sup>2</sup> Este desfile realizado por protestantes desde 1795 en los barrios con mayor número de católicos en Irlanda del Norte tiene como objetivo ratificar el poder de la Corona británica sobre la isla. Desde sus inicios la marcha se convirtió en un hito de incitación y representación del poder británico sobre los irlandeses, quienes aún la perciben como una afrenta y la cual termina frecuentemente con actos de violencia.

---

2. La Orden de Orange es una fraternidad religiosa ultra-protestante dedicada a la celebración de la victoria del rey Guillermo de Orange sobre Irlanda en el siglo XVII. Se fundó hace más de 200 años y representa a los descendientes de los protestantes que vivieron en la época de las plantaciones coloniales en la provincia de Ulster, y quienes se oponen radicalmente al desmembramiento del Reino Unido. En los primeros tiempos la Orden estuvo conformada por soldados regulares quienes fueron enviados a Irlanda para defender a los colonos ingleses de la rebelión, y al poco tiempo formaron un grupo de hombres para proteger la religión y la cultura británica en Irlanda del Norte ([www.orangeorderscotland.com](http://www.orangeorderscotland.com)).

Ambos pueblos emplazados en un mismo espacio geográfico hicieron de la memoria histórica un mecanismo para crear un tipo de nación imaginada que debía defenderse y construirse, y en el que cada generación estaba comprometida a materializar. Así, desde la temprana historia, los británicos rememoraron el arribo de su población a la isla y la represión de la rebelión de los católicos irlandeses en 1641, un hito de victoria que debe ser conmemorado año tras año. Entre tanto, los irlandeses se aferraron a la experiencia desoladora de la hambruna de la patata ocurrida entre 1845 y 1850. Este hecho ha sido central en la sociedad irlandesa, pues de ella se desprende la historia del partido político de Irlanda del Norte, así como las raíces sociales de su fortaleza como un pueblo que logró sobrevivir.

Para algunos autores como Dean M. Braa (1997, p. 194) la crisis alimentaria de Irlanda en el siglo XIX debe ser entendida como resultado del colonialismo británico, ya que los ingleses fomentaron la dependencia de los irlandeses a la patata por medio de la reubicación masiva de campesinos luego de la campaña de Oliver Cromwell a las zonas más marginales al oeste de Irlanda conocidas como Gaeltacht, cuyos suelos se caracterizan por ser arenosos y rocosos y en el que el único cultivo que era capaz de crecer prolíficamente era la patata. Doscientos años después, la dependencia del campesino al cultivo de la patata —acompañada de una población duplicada y la subdivisión de las tierras— sentó las bases para la devastación de la sociedad cuando los cultivos fueron infectados por una peste que acabó con las cosechas y propició la gran hambruna irlandesa. La suma de todos estos factores condujo finalmente a la inmigración de campesinos irlandeses a Estados Unidos, Canadá, Australia y, por supuesto, a Inglaterra, muchos de los cuales se convirtieron en trabajadores industriales.

Pese a la gravedad de la situación el Parlamento Inglés no se pronunció al respecto, hecho que despertó el nacionalismo irlandés en 1912 representado en el movimiento Sinn Féin que significa «nosotros solos». En consecuencia, en las primeras décadas del siglo XX los irlandeses comenzaron a consolidar su movimiento por medio de sucesivos alzamientos contra el gobierno británico, el más conocido «la rebelión de pascua de 1916» cuyo objetivo era expulsar a los británicos a través de las armas. No obstante, la insurrección fracasó como resultado de la poca prepa-

ración de los rebeldes para enfrentar al gobierno británico que ejecutó a sus líderes y llevó a cabo una ola de represión contra los irlandeses sublevados. En la misma época se constituyó el Ejército Republicano Irlandés (IRA), cuya posición política era el separatismo a través del uso de las armas. Después de la rebelión de la pascua se ratificó la división de la isla a partir del Tratado de 1921, conocido como el Tratado Anglo-Irlandés que establecía el Estado libre de Irlanda, predominantemente católico, e Irlanda del Norte con una población de mayoría protestante que deseaba permanecer como parte de Inglaterra (Turizo, 2010, p. 33).

De esta forma acontecimientos como la hambruna, el fracaso de la insurrección de pascua de 1916 y la división de la isla ayudaron a forjar una identidad política en el pueblo irlandés como también el desarrollo del faccionalismo político. Por un lado estaban los nacionalistas, conservadores de clase media, que apoyaban la independencia de Irlanda a través de medios pacíficos y en forma consensuada con el gobierno inglés, y por otro los republicanos, de ideología más radical, dispuestos a lograr su objetivo utilizando incluso las armas (Herrera & Bello, 2010, p. 103). Para el Sinn Féin, Irlanda del Norte es una parte de Irlanda ocupada por un gobierno extranjero, por lo tanto, una vez el agente externo británico sea eliminado Irlanda se unirá en forma natural (p. 108).

En consecuencia, ingleses e irlandeses se fueron constituyendo durante el siglo XX en una fuerza antagónica, representada en líderes y movimientos que con el tiempo ganaba más adeptos. Los protestantes se sumaron a la fuerza política «unionista», la cual respaldaba la política inglesa y rechazaba la unión de Irlanda como una sola nación. No obstante se encuentran divididos en dos bandos: los moderados y los radicales. Los primeros intentan marginarse del debate religioso y su preocupación se centra en el bienestar económico del que goza Irlanda del Norte al mantenerse unida a Inglaterra, lo cual podría cambiar tras una reunificación. Mientras que los radicales invocan lealtad hacia la Corona británica y el protestantismo. El alto grado de compromiso emocional que sustenta sus reclamos y su lucha los ha definido como una fuerza beligerante.

En las primeras décadas del siglo XX las dos sociedades afianzaron sus identidades a partir de la conformación de los movimientos políticos. A primera vista parece que la distinción de ambas es suficientemente clara: unionistas ingleses versus nacionalistas y republicanos irlandeses. Dicha

concepción generó una percepción bipolar del desarrollo del conflicto en Irlanda que comenzó a ser rebatida luego del proceso de paz. El historiador Roy Foster (2007) habla de «identidades en conflicto», considera que las identidades irlandesas son más diversas y matizadas, ya que «en el caso de la clase media irlandesa se veía a sí misma como étnicamente irlandesa pero políticamente británica» (p. 114).

Así pues estas identidades en conflicto se hallaban, en cierto sentido, reajustadas. La República parecía una unidad cohesionada y socialmente (aunque no económicamente) exitosa, muy influenciada por una cultura católica gobernante donde la Iglesia ejercía un poder considerable, aunque indirecto. La actitud oficial hacia Irlanda del Norte era la de que se trataba de una «negocio inacabado», y que debería ser parte de la república, y de hecho esta postura estaba oficialmente sancionada en los artículos 2 y 3 de la Constitución nacional. Lo que esto suponía para la identidad del millón de protestantes y unionistas, si fueran súbitamente integrados en la República católica, nunca fue examinado ¿Tendrían que emigrar? ¿Pasar a ser conversos de la noche a la mañana? En el norte, la gran minoría católica vivía como en una sensación de exilio, sabiéndose discriminados por el gobierno de los unionistas y la cultura protestante. Su mirada hacia la república, era una extraña mezcla de idealización y resentimiento (Foster, 2007, p. 115).

Entonces, si bien los irlandeses se identificaban con la unificación del país, ¿puede pensarse que también existía cierta empatía con ser parte de Inglaterra?, y además, ¿había un sentimiento de inconformidad sobre la forma como los mismos irlandeses conducían su Estado libre? Estas son preguntas que sugiere Roy Foster sobre las identidades en conflictos, pues en efecto no se puede suponer que la sociedad irlandesa era naturalmente homogénea y, más aún, cuando ha prevalecido la visión bipolar entre unionistas y nacionalistas en el imaginario social.

Para algunos puede ser una ambigüedad que la comunidad católica de Irlanda del Norte observara a su población originaria con cierto resentimiento, toda vez que fueron marginados de la vida política por cerca de 50 años (entre 1920 y 1969), tiempo en el que el parlamento conformado por una mayoría protestante denominado Asamblea de Stormont era la que decidía el destino de ambos grupos. La exclusión de los católicos en los asuntos políticos condujo a una nueva etapa del conflicto conocido como «The troubles», la cual comenzó en 1970 y terminó en 1998 con la firma del Acuerdo del Viernes Santo. ¿Pero por qué los católicos de Irlanda del Norte revivieron el conflicto 50 años después?



El surgimiento de una nueva generación de irlandeses que cuestionó el poder británico y reafirmaba la autonomía de Irlanda del Norte explica la renovación del conflicto. Los jóvenes eran pertenecientes a una clase media instruida que estaba al tanto de la discusión de los derechos civiles y su demanda inicial era la asignación de vivienda. No obstante, dichos reclamos no fueron recibidos por la Asamblea de Stormont como un asunto de interés general, sino que fueron acallados a través del uso de la fuerza policial. Estas acciones rememoraron la represión británica de 1649 y de 1916. Sumado a ello, el gobierno británico suspendió la Asamblea de Stormont y asumió el control directo de Irlanda del Norte (Foster, 2007, p. 117). Estos hechos despertaron el renacimiento del IRA y la confrontación de las fuerzas antagonistas entre unionistas y nacionalistas dando inicio a un largo periodo de violencia generalizada.

La represión de los líderes irlandeses, quienes no eran tratados como «presos políticos», desencadenó protestas en las cárceles acompañadas de huelgas de hambre. Para Bill Rolston (2006) el movimiento irlandés cambió la estrategia de resistencia «haciendo uso de los más mínimos medios para sacar provecho político desproporcionado que convertía una aparente derrota en victoria» (p. 201). Como fue el caso de la protesta de hambre protagonizada por Bobby Sands, cuya muerte por inanición luego de 66 días sin comer, llamó los reflectores sobre la lucha de los prisioneros irlandeses que exigían un estatus especial. De acuerdo con Rolston, la muerte de Bobby Sands jugó un papel central en la aceleración del colapso de la política penitenciaria británica en Norte de Irlanda; a pesar de esto, el gobierno inglés interpretó la acción de Sands como un suicidio.

Las huelgas y las protestas en los años ochenta llegaron a un punto límite sin retorno, todas las formas de lucha habían sido puestas sobre la mesa y el escalonamiento de la violencia podía seguir su curso sin conseguir resultado alguno, por lo que el IRA concluyó combinar la estrategia militar con una política, conocida como *amalite and ballot box*, armas y urnas. Así,

En los años noventa el movimiento republicano entró en un proceso revisionista mediante el cual ha acercado sus posiciones a las del movimiento nacionalista, aplazando su exigencia del retiro inmediato de las tropas británicas del territorio irlandés, sustituyéndola por su participación irrestricta en las conversaciones de paz (Herrera & Bello, 2010, p. 108).

Llegar a este momento luego de casi 400 años de conflicto inauguró una nueva fase en la historia de ambas sociedades y abrió el espacio a la búsqueda de iniciativas en medio de un clima de desconfianza en el que las hostilidades seguían presentes; pese a ello decidieron avanzar hacia el proceso de paz.

## **El proceso de paz de Irlanda del Norte**

¿Qué determinó la apertura del proceso de paz? Varios factores explican su desarrollo. En el ámbito internacional el fin de la Guerra Fría impulsó a los británicos a moderar considerablemente su actitud hacia Irlanda del Norte haciendo posible un acuerdo con los republicanos. De igual forma, Estados Unidos dejó de ignorar su «relación especial» con Inglaterra y comenzó a interferir en los asuntos internos de su aliado más cercano. Además, la aceleración de la integración europea rompió la desconfianza entre el gobierno británico e irlandés y condujo a modelos previstos para la superación de los conflictos (Dixon, 2006, p. 61). Igualmente, la fatiga de la confrontación acompañada de un estancamiento político y militar determinó el desarrollo de la política de la paz, *peace politics*. En ésta participaron partidos políticos locales, mediadores internacionales y representantes de ambos gobiernos: el primer ministro de Inglaterra Tony Blair y el de Irlanda, Bertie Ahern, así como el presidente de Estados Unidos Bill Clinton. La cooperación en diferentes escalas permitió llegar a un acuerdo, de igual forma fue central la creación de instituciones democráticas basadas en el poder compartido en Irlanda del Norte.

Irlandeses e ingleses reconocieron que una solución no sería posible sin un compromiso sustancial de todas las partes en conflicto, y que para llegar a una declaración conjunta, era necesaria la reafirmación de posiciones básicas como la autodeterminación, el reconocimiento de los derechos e identidad de las dos tradiciones y la representación política de ambos grupos.

Llegar al Acuerdo del Viernes Santo de 1998 no fue un proceso instantáneo, previamente sucedieron una serie de declaraciones conjuntas que abonaron el camino como fue la Declaración de Downing Street realizada el 15 de diciembre de 1993, a través de la cual el gobierno británico aceptaba el derecho de autodeterminación, sujeto al consenti-

miento acordado, sin renuncia a cualquier interés propio estratégico o económico, y emitía su compromiso de impulsar, permitir y facilitar la consecución de un acuerdo entre la población de la República de Irlanda y su promesa de aceptar al Sinn Féin en el diálogo político con los demás partidos (Turizo, 2005, p. 53).

Posteriormente se desarrolló el Acuerdo del Viernes Santo, también conocido como el Acuerdo de Belfast o el Acuerdo de Stormont, una declaración de voluntad de las partes que intervienen por reconocer y respetar de modo igualmente legítimo las diferencias culturales y políticas de la comunidad norirlandesa. De tal forma, las partes adquieren libremente el compromiso de actuar teniendo como prioridad el respeto de los derechos humanos, la tolerancia mutua y el ánimo de reconciliación (Herrera & Bello, 2010, p. 110).

El Acuerdo del Viernes Santo se basaba en tres componentes: el ajuste de las constituciones de cada país según las nuevas condiciones políticas, la instauración de instituciones democráticas para Irlanda del Norte, y la creación de organismos de cooperación multilateral entre Inglaterra, Irlanda e Irlanda del Norte (Herrera & Bello, 2010, p. 110).

Los puntos claves del Acuerdo eran (Sierra, 1999, p. 196):

- La asunción por parte del gobierno británico e irlandés de que, si bien hasta el momento el deseo mayoritario de la población norirlandesa es mantener la unión con Inglaterra, en el futuro la isla de Irlanda puede ejercer el derecho de autodeterminación y, por tanto, la obligación de ambos gobiernos es poner en marcha los mecanismos para que esto pueda materializarse.
- Las decisiones que exijan respaldo intercomunitario necesitarán de una mayoría que voten en la Asamblea, incluyendo un conjunto de delegados unionistas y nacionalistas.
- Ambos gobiernos aceptan el derecho de los ciudadanos de Irlanda del Norte de declararse bien sea irlandeses, bien británicos, por lo que la población que así lo desee puede solicitar la doble ciudadanía.
- El rechazo absoluto de la violencia utilizada con el fin de resolver cuestiones políticas y el apoyo decidido a que éstas se resuelvan por la vía pacífica y democrática.
- Avanzar hacia la reconciliación y el acercamiento entre ambas comunidades dentro de un marco democrático y de consenso.

- La creación de una Asamblea de Irlanda del Norte compuesta por 108 diputados y elegida democráticamente con representación de toda la sociedad.
- La organización de un Consejo Ministerial Norte-Sur con el fin de desarrollar tareas consultivas, de cooperación y actuación en la isla de Irlanda.
- La entrega de las armas por parte de todas las organizaciones paramilitares en un plazo de dos años a partir de la fecha de aprobación del referendo.
- La revisión del sistema de justicia penal y de las políticas sobre derechos humanos e igualdad entre las comunidades.

Como lo resume Roy Foster (2007, p. 119), el Acuerdo del Viernes Santo permitió que el estatus separado de Irlanda del Norte dentro de Inglaterra estuviera garantizado por tanto tiempo como lo desee una mayoría. La minoría católica nacionalista ha visto garantizado igualmente un papel en el gobierno, bajo un sistema que diseña un reparto del poder. La influencia de la república ha sido confirmada como garante de la minoría nacionalista en el norte, y se han creado numerosas conexiones de cooperación norte/sur en términos de aspectos económicos y recursos compartidos. También se ha asegurado el reconocimiento de la identidad cultural de la minoría católico-nacionalista en el norte, junto con sus aspiraciones a una reunificación pacífica.

### **Las estrategias a emular**

Pero, ¿qué pueden aprender los países que todavía continúan en un conflicto armado interno del proceso de paz irlandés? Cinco son los aspectos principales del desarrollo del proceso de paz de Irlanda del Norte en la fase de postconflicto; estos son: el reconocimiento de las víctimas y su reparación, justicia restaurativa, desarme de todas las organizaciones armadas, sometimiento del acuerdo a un referéndum, y desarrollo de asistencia económica.

En primer lugar el «reconocimiento de las víctimas y su reparación», cuyo desarrollo se llevó a cabo por iniciativa de la secretaria de Estado de Irlanda del Norte, Marjorie Mowlan, quien nombró a sir Kenneth Bloom-

field comisionado para abrir una convocatoria con el fin de tratar a las víctimas del conflicto armado, y que este último reunió bajo el Informe Bloomfield, cuyo objetivo era:

Analizar posibles formas de reconocer el dolor y sufrimiento padecido por las víctimas de la violencia surgida del conflicto de los últimos treinta años, incluidas aquellas personas que han muerto o han sido heridas al servicio de la comunidad (Bloomfield, 2001, p. 8).

El reconocimiento de las víctimas y su reparación llevó a la resignificación de la historia de Irlanda del Norte con preguntas como, ¿hasta cuándo debemos remitirnos para determinar quiénes son las víctimas y a quiénes hay que reconocer como tal? El informe lo consideró así: «aquellas personas que se han convertido en víctimas en los últimos treinta años que empezaría en octubre de 1966 con la conmemoración del Alzamiento de Pascua» (p. 8). De igual forma, el documento tenía que determinar las muertes de ciudadanos de Irlanda del Norte, Inglaterra, Irlanda y población de otras nacionalidades. Según el informe los fallecidos eran predominantemente del sexo masculino (91%), de los cuales 53% correspondía a civiles sin adscripción a ninguna fuerza de seguridad u organización paramilitar y 28.8% eran miembros activos de las fuerzas de seguridad; los responsables de dichas muertes fueron principalmente paramilitares: 59% republicanos, 28% lealistas y 11% pertenecientes a las fuerzas de seguridad (p. 11).

Para reconocer a las víctimas se creó un enfoque de tres ejes: ayuda práctica, plan de conmemoración no material y proyecto material de monumento conmemorativo. La ayuda práctica se concretaba en un sistema de asistencia primaria, médica, hospitalaria y social, cuyo objetivo consistía en aconsejar y tratar adecuadamente a quienes sufren. Los costos de esta ayuda se estimaban en 413 millones de libras esterlinas (p. 22); de igual forma se estableció la indemnización por lesiones derivadas de acciones delictivas, con un costo aproximado de 186 millones libras. La ley estipulaba que no se pagarían indemnizaciones por la muerte o lesiones de cualquier persona que en algún momento hubiera sido miembro de una «asociación ilegal» o estado implicada en la preparación o instigación de actos de terrorismo (Bloomfield, 2001, p. 23).

Para que esto fuera posible se creó la figura del «defensor», reconocido por el Programa Especial de Ayuda para la Paz y la Reconciliación de la Unión Europea, cuyo objetivo era detectar las necesidades sociales y vigilar el presupuesto del gasto público (p. 23), así como proveer mecanismos de financiación a largo plazo, pues la administración local requiere su propio presupuesto para la paz y la reconciliación. Paralelamente, se propuso un organismo u oficina que supervisara el cumplimiento de los servicios y que fungiera como referente para quejas, recomendaciones y peticiones de los intereses afectados, pues muchas víctimas ignoraban el proceso a seguir para ser atendidas por las instituciones del Estado. Por último, se reconoció a las víctimas mediante proyectos materiales conmemorativos como museos, monumentos y parques cuyo objetivo es «recordar y cambiar» (p. 34).

En segundo lugar se encuentra la «reestructuración del sistema judicial» que se centra en la justicia restaurativa, forma alterna para tratar el crimen, en contraposición con la justicia retributiva que se concentra en el castigo. La justicia restaurativa busca la restitución de las relaciones entre el ofensor, las víctimas y la comunidad, al mismo tiempo que se caracteriza por usar un procedimiento no confrontacional basado en el diálogo (Herrera & Bello, 2010, p. 135). El objetivo de este tipo de justicia es que las partes involucradas deliberen sobre los hechos y busquen una solución al conflicto.

Las víctimas pueden buscar en la justicia restaurativa respuestas a sus necesidades de comunicación e información, al obtener un sentimiento de «clausura» o cierre de una experiencia personal traumática. El objetivo de este tipo de justicia restaurativa es entender el delito ante todo como un daño causado a las personas y a la comunidad, y promover la aceptación de la responsabilidad (Deusto Forum, 2012, p. 73). Según David Lerman (1999, p. 20), a través de ella las víctimas se empoderan políticamente porque se sienten menos atemorizadas, lo que transforma el ciclo de miedo en una oportunidad para la democracia.

En tanto al «desarme de todas las organizaciones armadas», entendido como la transferencia de la propiedad de las armas de un grupo armado a una comisión de verificación, en Irlanda del Norte la dejación tenía un trasfondo simbólico para los grupos armados, los nacionalistas lo percibían como un acto de rendición. Por lo tanto, se tuvo que acordar

un esquema de entrega de armas debido a que el IRA sólo accedió a dejarlas, más no a destruirlas de manera inmediata, en un acto confidencial de entrega de sus arsenales a una comisión internacional neutral para su custodia temporal y su posterior desmantelamiento (Fundación Ideas para la Paz [FIP], 2014, p. 10). Por esto se creó un cuerpo independiente, «Independent International Commission on Decommissioning», dirigido por el ex senador estadounidense George Mitchell y el general canadiense Jhon de Chastelaine (Turizo, 2005, p. 75). El reporte que elaboró la Comisión Independiente señala que este órgano debía ser percibido como imparcial, para entregarle las armas a éste y no a una fuerza de seguridad, así no sería visto como una forma de rendición sino como una voluntad de los actores armados de alcanzar la paz (p. 82).

Tres fueron los gestos de desarme realizados en 1999, 2003 y 2005. Sin embargo, ninguno de ellos fue público y, para la verificación del desarme, sólo estuvo presente la Comisión Independiente. Rogelio Alonso (2006, p. 30) resalta que este procedimiento resultó ineficiente para garantizar la visibilidad y la transparencia exigidas en el proceso, por lo que el desarme de las organizaciones de Irlanda del Norte no significó finalmente una prueba de la voluntad de los grupos armados de poner fin a su existencia, pues en el ambiente quedaron dudas sobre el desarrollo eficaz del desarme.

El cuarto punto a emular fue el «sometimiento del acuerdo a un referéndum»; a través de este mecanismo de participación ciudadana se validó el Acuerdo de Viernes Santo. El texto fue enviado a todos los hogares de Irlanda del Norte ya que el objetivo era que las principales decisiones de gobierno se tomarían por consenso de las comunidades. Así el 22 de mayo de 1998 tuvo lugar el referéndum para ratificar o rechazar el Acuerdo del Viernes Santo, donde participó 81.1% del electorado.

Los unionistas accedieron a compartir el poder en Irlanda del Norte y a una «dimensión irlandesa» transfronteriza, mientras que los irlandeses nacionalistas aceptaron explícitamente el «principio de consentimiento» ante cualquier futura unión (Burleigh, 2012, p. 19); esto significaba aceptar la participación. La gran mayoría en la República de Irlanda votó para aceptar los términos, como hizo 96% de los nacionalistas del Norte. Entre los unionistas sólo una escasa mayoría de 53% aceptó, pero eso se transformó en 74% del electorado irlandés unido del

Norte cuando también se incluyó a los nacionalistas (Burleigh, 2012, p. 19). De 74% que aprobó el referéndum, 64% eran protestantes y 89% católicos (Turrizo, 2005, p. 76).

El referéndum permitió que el proceso de paz ganara legitimidad, pues eran los propios ciudadanos los que determinaban el fin del conflicto armado. Sin embargo, las preguntas hechas por Irlanda del Norte y por la República de Irlanda fueron distintas. En Irlanda del Norte la pregunta era, ¿apoya usted el acuerdo alcanzado en las conversaciones de paz para Irlanda del Norte?, el electorado sólo debía contestar sí o no. Entre tanto, en la República de Irlanda del Norte debían votar por la modificación de los artículos 2º y 3º de la constitución que reivindicaba la Provincia del Ulster como parte del territorio nacional (Broderick, 1998). La República de Irlanda del Norte finalmente votó a favor de abolir los artículos con 94%; por lo tanto, el derecho de extender su jurisdicción sobre el Norte quedó anulado por elección colectiva.

Por último, el «desarrollo de asistencia económica» es uno de los puntos cruciales en la política del postconflicto para reconstruir las estructuras sociales. En Irlanda del Norte, las agencias internacionales brindaron asistencia económica, en particular el «Fondo de Paz y Reconciliación de la Unión Europea». De acuerdo con Sean Byrne y Mislav Matic (2007, p. 84) fue necesario promover el contacto socioeconómico con el desarrollo de la comunidad local para superar el trauma histórico de la violencia.

Hay que subrayar que el inicio del conflicto en los años setenta comenzó por tensiones socioeconómicas, por lo que la asistencia y la inclusión de las personas marginadas a través de los programas de la Unión Europea (UE) debían ser uno de los objetivos principales. Para ello, la creación de mecanismos institucionales y la coordinación multinivel debían ser una prioridad. Académicos y hacedores de política pública creían que la expansión económica podía ayudar a mitigar la construcción de la paz y resolver los conflictos etnopolíticos (Byrne & Matic, 2007, p. 85). La creación y crecimiento de empleos eliminaba las divisiones étnicas, pues fueron las diferencias económicas entre protestantes y católicos uno de los ejes principales del desarrollo del conflicto. Hacia mediados de los años ochenta, Irlanda tenía una tasa de desempleo de 20% y el mayor grado de endeudamiento por habitante del mundo (Crespo MacLennan, 2005, p. 25).



Por lo anterior el Fondo para la Paz de la Unión Europea, iniciativa del presidente de la Comisión Europea, Jaques Delors, prometió cerca de 393 millones de euros en el periodo de 1995-1998, y luego propuso 220 millones adicionales. El programa estuvo encaminado a reforzar la reconciliación mediante el incremento del empleo, así como la promoción del desarrollo urbano y rural, y la extensión de la inclusión social (Byrne & Matic, 2007, p. 92). Para que el dinero llegara a la población objetivo se crearon fundaciones intermediarias que debían entender las necesidades locales de los habitantes, así como empoderarla.

Según Julio Crespo MacLennan (2005, p. 25), una década más tarde la situación de Irlanda cambió radicalmente. Entre 1990 y 1996 creció a una tasa de 5.14%; desde 1996 hasta 2000, 9.66 %; en 2001 todavía se registró un respetable 8.6%, la tasa más elevada ya no de Europa sino de todos los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), y a finales de la década de los noventa el desempleo bajó a 4.54%. Estos cambios económicos le valieron el título del «tigre celta». Pero no solamente la ayuda del Fondo para la Paz y la Reconciliación de la UE es suficiente para explicar su ascenso, otros factores son la inversión extranjera directa (en particular el emplazamiento de la nueva industria tecnológica que aprovecharon empresas como Microsof, Dell, Intel, Apple y Gateway) y la pertenencia de Irlanda del Norte a la Unión Europea (Crespo MacLennan, 2005, p. 26). Así, en 2003 las compañías extranjeras constituían 51% de las exportaciones irlandesas, las cuales generaban más de 14 000 millones de euros en la economía (p. 26).

De igual forma, el gobierno irlandés llevó a cabo diferentes estrategias para atraer la inversión extranjera, como el establecimiento del impuesto cero, así como la creación del Centro Internacional Financiero en Dublín que generó 14 000 puestos de trabajo en áreas como finanzas, contabilidad y asesoría jurídica (p. 26). Así mismo se liberaron los medios de transporte, lo que permitió fomentar el turismo en el país. Estas medidas llevaron a que Irlanda pasara de ser un país expulsor de población, a uno de acogida de inmigrantes (procedentes en su mayoría de Inglaterra, Estados Unidos y Australia), sumado a la política de protección a trabajadores y a sindicatos. En Irlanda, la apertura económica y la liberalización no supuso un cambio en las medidas laborales, política denominada *Partnership*, la cual se basa en el compromiso de aumentar las prestacio-

nes salariales a los trabajadores (Crespo MacLennan, 2005, p. 27). De esta manera, la apuesta por el desarrollo económico en distintos frentes fue fundamental para el futuro de Irlanda en un escenario de postconflicto.

Los cinco puntos anteriormente mencionados han sido exportables a países que se encuentran en medio de procesos de negociación con grupos armados: Colombia es uno de esos casos. A este país asistió una importante delegación del proceso de paz irlandesa para acompañar a la sociedad civil colombiana con el fin de compartir los retos y los desafíos que trae consigo una negociación. Sin embargo, resaltó también la visita del ex primer ministro de Inglaterra, Tony Blair, a Bogotá para promover una agenda política del postconflicto. No obstante, según algunos medios de comunicación, dicha agenda persigue otros intereses.

### **El marketing político de la paz en Colombia**

El proceso de paz de Irlanda del Norte ha servido para la creación de consultoras dedicadas al marketing político de la paz, cuyo objetivo es vender las estrategias utilizadas para que éstas sean replicadas en otras latitudes. Tal es el caso de la consultora Tony Blair Associates (TBA). Según algunas fuentes periodísticas, en particular el diario *The Sunday Telegraph*, la visita de Tony Blair como enviado de paz hizo que surgieran algunas dudas, ya que su visita tenía como objetivo la firma de contratos con el Departamento Nacional de Planeación en Colombia («Crecen problemas de Tony Blair...», 2015). Blair firmó convenios para asesorar el modelo de regalías, pero la misma no fue gratuita; previamente se acordó una serie de compromisos entre el gobierno de Juan Manuel Santos y la TBA, entre ellos la facilitación irrestricta de información oficial sobre exploración petrolera en Colombia, la cual es resguardada por el Departamento Nacional de Planeación («Crecen problemas de Tony Blair...», 2015). Sin embargo, el pago de la consultoría lo habría efectuado Emiratos Árabes Unidos, país que posee títulos mineros adquiridos como resultado de la primera intervención de la firma de Tony Blair en Colombia en 2013 («Controversia: Tony Blair recibió...», 2015).

¿Esto es lo que cuesta la asesoría del ex primer ministro británico Tony Blair, la entrega de información privilegiada para que internistas extranjeros puedan desarrollar proyectos en Colombia en el postcon-

flicto? En efecto, la publicidad que ha tenido la experiencia irlandesa ha permitido que consultoras como la TBA se desplacen por el mundo vendiendo iniciativas y atrayendo inversión extranjera a cambio de recursos mineros. No es extraño entonces, que la firma opere en lugares con alto grado de conflictividad como en África y Medio Oriente. Si la guerra genera grandes beneficios, ¿por qué no la paz? En un momento en el que los países con conflicto interno se sientan a negociar su futuro, es válido conocer los costos que conlleva la paz, la manera en que los gobiernos buscan atraer la inversión extranjera directa y las fuentes de financiación.

La transparencia es un asunto vital para que el proceso de paz no pierda legitimidad entre los actores involucrados en una mesa de negociación, pero principalmente en la sociedad civil, ya que ésta es quien al final refrenda los acuerdos que han sido suscritos. En Colombia, la llegada de Tony Blair generó dudas sobre la clase de asesorías en el postconflicto, así como las líneas de acción que se están siguiendo.

### **Otras visiones de la historia**

Pero el proceso de paz irlandés no ha estado exento de críticas. Algunos estudiosos del caso, como Rogelio Alonso (2006) y Michael Burleigh (2012), sostienen que dicha «lección de la historia» de la experiencia británica sobre la «resolución de conflictos» les preocupa, ya que se ha inflado por encima de lo que demuestran los libros de historia, adquiriendo mayor peso del que merecen a través de una forma de moralismo internacional (p. 13). Además, Burleigh (2012, p. 15) declara que se ha restado importancia a la contribución de las fuerzas armadas y de los servicios de inteligencia en forzar a los grupos armados a sentarse en la mesa de negociación, presentándose sólo el aspecto político y no la reducción militar de los frentes armados republicanos y unionistas, pues fue la debilidad militar de ambos grupos la que permitió que éstos renunciaran a la violencia cuando ya no contaban con ninguna expectativa de éxito.

Por otro lado, el fin del conflicto interno no generó el fin de los grupos armados, el IRA siguió reconfigurándose silenciosamente, responsables de delitos que van desde fraudes fiscales en el tabaco y la gasolina hasta el tráfico de drogas ilegales (Burleigh, 2012, p. 20). De igual forma,

continuó la existencia de organizaciones repúblicas disidentes que no se beneficiaron del proceso de paz y que siguen estando excluidas de los beneficios económicos, sociales y políticos del postconflicto, personas que «se pudren en miserables urbanizaciones de viviendas de provechos oficial donde no han llegado las enormes cantidades de dinero británico, de la UE y de EEUU, que se ha inyectado a Irlanda del Norte» (Burleight, 2012, p. 20). No obstante, el «marketing político de la paz» ha dejado estas voces de lado, pues siempre se espera que los procesos de negociación terminen por materializar los ideales de la población que busca alcanzar el fin del conflicto armado.

Para Rogelio Alonso (2006, p. 42) es necesario cuestionar el «final feliz» norirlandés en varios puntos: en primer lugar el proceso de paz no generó el fin de la polarización política y social, la cual subsiste en Irlanda del Norte junto con la segregación geográfica de ambas comunidades; en segundo lugar la impunidad política y jurídica del IRA con actores que perpetraron actos de terrorismo ha condicionado el sistema político, debilitando su autoridad constitucional, lo que resultó en serias críticas, por tanto el gobierno británico finalmente se vio obligado a retirar dicha iniciativa.

En conclusión, si bien hay mucho que aprender de la experiencia irlandesa, también es necesario decir que el proceso de paz no significa el fin de todos los problemas de una sociedad que ha pasado por una experiencia de violencia interna. Justamente la etapa de postconflicto es el inicio de una fase en el que el pasado y el futuro están en una continua fricción, y en el que la evaluación de las acciones y la corrección de los errores debe realizarse de forma continua. Por último, sanar a una sociedad puede durar varias generaciones, casi proporcional al número de generaciones y de años del conflicto.

## Bibliografía

- Alonso, R. (2006). La política antiterrorista: Las lecciones de Irlanda del Norte. *Cuadernos de Pensamiento Político*, 10, 23-42.
- Bloomfield, K. (2001). *Las recordaremos. Informe de sir Kenneth Bloomfield. Comisionado sobre víctimas de Irlanda del Norte*. Biskaia: Gernika Gogoratzuz.
- Braa, D. (1997). The Great Potato Famine and the transformation of Irish peasant society. *Science & Society*, 61 (2), 193-215.

- Broderick, J. (1998, 27 de abril). Intento de paz en Irlanda. El tiempo. Recuperado el 24 de marzo de 2016 de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-839688>
- Burleigh, M. (2012). ¿De qué historia aprendemos? Las lecciones de Irlanda del Norte para el resto del mundo. *Cuadernos de Pensamiento Político*, 35, 11-21.
- Byrne, S. & Matic, M. (2007). The European Union Peace and Reconciliation Fund impact on Northern Ireland. *International Journal on World Peace*, 24 (2), 85-109.
- Controversia: Tony Blair recibió 45 millones de dólares por asesoría a Colombia. (2015, 20 de abril). *Noticias Caracol*. [Noticia en video]. Recuperado el 24 de marzo de 2016 de <http://www.noticiascaracol.com/colombia/controversiatony-blair-recibio-45-millones-de-dolares-por-asesoria-colombia>
- Crecen problemas de Tony Blair por asesorar a Colombia sobre gestión de contratos mineros. (2015, 19 de abril). *El Espectador*. Recuperado el 24 de marzo de 2016 de <http://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/crecen-problemas-de-tony-blair-asesorar-colombia-sobre-articulo-555913>
- Crespo MacLennan, J. (2005). Irlanda, un fenómeno a emular: Las claves del «tigre celta». *Política Exterior*, 19 (107), 25-29.
- Deusto Forum. (2012). *Justicia para la convivencia. Los puentes de Deusto*. Bilbao, España: Universidad de Deusto.
- Dixon, P. (2006). Performing the Northern Ireland peace process on the world stage. *Political Science Quarterly*, 121 (1), 61-91.
- Dudouet, V. (2009). Contexto y referentes de la investigación. *De la insurgencia a la democracia* (pp. 19-43). Bogotá, Colombia: Centro de Investigación y Educación Popular.
- Foster, R. (2007). Identidades en conflicto en la Irlanda moderna: compulsiones de libido política. *Pasajes*, (2), 109-125.
- Fundación Ideas para la Paz-FIP. (2014). Fin del conflicto: desarme desmovilización, reintegración. *Boletín de Paz* (3) 3, 1-53.
- Garzón Galiano, J. D., Parra Gonzáles, A. & Pineda, A. (2003). El posconflicto en Colombia: coordenadas para la paz. (Tesis de licenciatura no publicada). Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

- Herrera, W. & Bello, G. (2010). El proceso de paz en Irlanda del Norte: un modelo de justicia transicional desde abajo. *El tránsito hacia la paz: de las herramientas nacionales a las locales* (pp. 97-141). Bogotá, Colombia: Universidad del Rosario.
- Lerman, D. (1999). Restoring dignity, effecting justice. *Human Rights*, 26 (4), 20. Recuperado el 24 de marzo de 2016 de <http://heinonline.org/HOL/LandingPage?handle=hein.journals/huri26&div=43&id=&page=>
- Rolston, B. (2006). Nothing but an unfinished song. *Social Justice*, 33 (4), 199-201.
- Sierra, L. A. (1999). *Irlanda del Norte. La historia del conflicto*. Madrid, España: Silex.
- Turizo, D. (2005). *El dilema de la seguridad en los proceso de paz. El caso de Irlanda del Norte*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes-Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales.
- Trujillo, J. & Woodworth, P. (1996). Irlanda del Norte: viejas amenazas y perspectivas de paz. *Política Exterior*, 11 (57), 47-69.
- Ugarriza, J. E. (2013, enero/abril). La dimensión política del postconflicto: discusiones conceptuales y avances empíricos. *Colombia Internacional* (77), 141-176.

Recepción: 13 de noviembre 2015  
Aceptación: 15 de diciembre de 2015